

DISCUSIÓN

SOBRE EL TEMA

Causas de la indiferencia con relación á la política.

Sesión del martes 15 de Abril de 1902.

El Sr. Azcárate, proponente de dicho tema, manifestó que, sobre este asunto, publicó en 1894, en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, un artículo cuya lectura considera ahora oportuna, porque puede servir de exposición de sus opiniones, que reproduce desde luego, y, por tanto, de punto de partida y base de la discusión.

La Academia aceptó esta propuesta y el Sr. Azcárate dió lectura del siguiente trabajo:

«Uno de los servicios que ha prestado el positivismo á las llamadas ciencias morales y políticas, al vulgarizar el concepto expuesto antes por algunos filósofos alemanes, de que la sociedad es un organismo vivo, es, sin duda, el haber llamado la atención, no ya hacia el aspecto que podemos llamar fisiológico de los problemas sociales, olvidado antes por la preocupación que engendrara el anatómico, sino al patológico y al terapéutico. En efecto, no basta conocer los elementos de una organización; es preciso estudiar cómo funcionan y cómo viven en su estado de normalidad y, además, cuáles son las enfermedades que padecen y cuáles los remedios que pueden restablecer la salud perdida.

«Por los mismos motivos que el individuo no piensa en las enfermedades, por lo general, sino cuando él las padece, las sociedades, los pueblos, no se preocupan con ellas hasta el momento en que alguna se ha apoderado de su cuerpo ó de su espíritu. Nos proponemos estudiar sumariamente una que, en mayor ó menor grado, padecen las sociedades modernas: *la indiferencia en materia política*.

I

»No se trata de un pesimismo trascendental religioso, filosófico ó literario. Fuera de que, esencialmente pesimista, no hay otra religión que la de Budha, si se quiere tomar en cuenta la tendencia que en el seno del Cristianismo se ha mostrado perpetuamente en esa dirección, el hecho es que ella, lejos de conducir á lo que Balmes llamaba la *tristeza cristiana*, ó á contemplar sin interés lo que pasa en este *valle de lágrimas*, ha determinado la actividad vertiginosa del fanatismo, el calor apasionado de la intolerancia. Además, hoy por hoy, difícil sería explicar por motivos religiosos la diferencia de conducta en materia política. Pueden aquéllos determinar la formación de escuelas y de partidos, programas sociales y de gobierno; pero el calor ó la indiferencia en el obrar no son característicos de los fieles de iglesia alguna.

«Menos todavía puede influir en tal sentido el pesimismo científico. Pocas veces los sistemas filosóficos, por sí solos, han determinado una línea de conducta en el seno de las sociedades; pero aun en esas ha sido precisa la conjunción con otras fuerzas morales, y sobre todo, que aquéllos condujeran á una serie de soluciones para los problemas importantes de la vida, que pudieran ser aceptadas por la generalidad como á modo de credo religioso. ¿Se encuentra en ninguno de estos casos el pesimismo? Lejos de eso, escasamente cabe decir que Schopenhauer y Hartmann hayan constituido escuela, y menos que masas sociales hayan hecho suya la doctrina que proclama el mal invencible, el dolor inevi-

table y la muerte, que es el anonadamiento, como ideal de la vida.

»En distinto caso se encuentra el pesimismo literario. El que aliándose con la *ironía* y el *humor*, va unido á los nombres de Goethe, Byron, Heine, Leopardi, Espronceda, etc., influyó, en su tiempo, en el seno de las sociedades, como influye hoy el que se complace en pintar las contrariedades de la vida, no sus armonías, produciendo la contemplación excesiva de aquéllas la desesperación del espíritu. Este pesimismo es más activo, como fuerza social, que el filosófico, pero, así y todo, obra sobre una masa limitada de gentes y es, por lo mismo, incapaz de determinar corrientes generales en la vida de los pueblos.

«Pero hay otro pesimismo que nace espontáneamente en el seno de la sociedad; que pretende inspirarse en la contemplación directa de la vida; que se informa en frases, adagios y proverbios de todos conocidos; que aprovecha, sin pararse á penetrar su sentido, las soluciones de aquellos otros pesimismos, utilizando para su propósito la descripción que hace el místico de esta vida como un destierro y un valle de lágrimas, la desesperación que eleva á la categoría de sistema el filósofo, el dolor sin esperanza, sin término y sin consuelo que canta el poeta; pesimismo, en fin, práctico y mundano, que acoge con una sonrisa burlona todo lo que es acción, entusiasmo, desinterés; que muestra á cada momento el disgusto en medio de la vida, y que acaba por decir que todo es una ilusión, una mentira, un sueño. Este pesimismo práctico ya es un factor importante de la indiferencia política.

II

»No se trata tampoco del efecto producido en el espíritu de los pueblos por el desencanto que sigue á las ilusiones perdidas.

»Hace dos años, el profesor Mr. Bryce, miembro hoy del Gabinete inglés y autor de la obra magistral *La República Norteamericana*, pronunciaba en la ciudad de Brooklyn un discurso que versó sobre lo que llamaba él: *tiempos ó edad del descontento*.

•Entendía el orador que prevalecía en Europa, comparando su estado al presente con el de hace treinta años, no la desesperación y el pesimismo, sino la intranquilidad, el disgusto, la desconfianza, el descontento, en fin. Ciertamente, de 1850 á 1860 no marchaban las cosas á medida del deseo, decía Mr. Bryce: Francia sufría la degradante tiranía de Napoleón y del grupo que le rodeaba; los italianos más ilustres estaban en la expatriación ó reducidos al silencio; Alemania se esforzaba, en vano por entonces, por conseguir su unidad y su libertad; Hungría vivía esclava y postrada; Rusia, bajo la férrea mano del Emperador Nicolás; y en los Estados Unidos comenzaba á formarse la nube que había de producir la terrible guerra de secesión. Y, sin embargo, había en Europa más confianza en el adelanto del mundo, más fe en el progreso, en un rápido progreso, un temperamento más optimista que en nuestros días; creía aquella generación en la eficacia de la libertad, de la razón, de la simpatía; se esperaba conseguir cosas que no han sido logradas, ó, mejor dicho, que no han dado los frutos esperados.

»De 1850 á 1860, los pueblos se preocupan especialmente con estas cuatro cosas: la libertad política, la libertad de palabra, de pensamiento y de cultos, el principio de las nacionalidades y la paz internacional. Las tres primeras se han realizado, en gran parte, en Europa. Hasta el desarrollo de las ciencias físicas ha favorecido la causa del progreso; jamás se han visto medios tan poderosos de propagar y organizar la opinión pública, facilitando la práctica del *self-government*, ni elementos tan poderosos para procurar á los hombres mayor cultura, mayor felicidad y mayor contentamiento.

•¿Cuáles han sido las consecuencias de este progreso? Los patriotas y filósofos de hace cuarenta años consideraron el Gobierno libre y la independencia nacional, no como fines en sí mismos, sino como medios para fines más trascendentales. ¿Cómo han influido en estos empeños más elevados? ¿Ha habido un desarrollo intelectual más acelerado, un tipo más bello de civilización, un sentimiento más íntimo y más ardoroso? ¿Se han hecho los

Gobiernos más discretos y más estables? ¿Se ha marchitado el espíritu de facción y sido reemplazado por el sentimiento más enérgico de patriotismo nacional? ¿Ha mejorado la condición de las masas y están éstas más contentas? ¿Emplean las clases superiores su tiempo de mejor modo? ¿Son sus maneras más nobles y su moralidad más pura? ¿Hay menos odios entre las naciones, menos provocaciones á la guerra y menos preparativos para emprenderla? ¿Ha resultado el mundo, en fin, un mundo más sereno y más feliz, como todos esperaban que sucedería, una vez afirmada la libertad y difundida la cultura? Cada cual contestará á estas preguntas según su temperamento, su criterio político y moral, y aun según su creencia religiosa; pero todos habrán de reconocer que el progreso ha sido menor del que esperaban, no ya los entusiastas, sino los más fríos y razonadores.

»El progreso de las ciencias físicas y la pasmosa extensión del dominio del hombre sobre la Naturaleza, que es su consecuencia, fueron de las cosas que, hace cuarenta años, esperaban los hombres con más afán. Ya queda dicho hasta qué punto han contribuido á hacer el Gobierno popular, y en especial el representativo, más sencillo y eficaz, y cuánto han acrecentado la riqueza pública y el bienestar de las clases menos acomodadas. Pero han producido otras formidables consecuencias, en que nadie había pensado. Han producido instrumentos de guerra infinitamente más costosos, y también infinitamente más destructores. Han aumentado el poder de un solo hombre, ó de un pequeño grupo de hombres, para infligir tremendo daño á sus hermanos, sea por un motivo egoísta y sórdido, sea por un supuesto beneficio público; han dado lugar á la aparición de un nuevo y formidable enemigo del Gobierno democrático, capacitando á los hombres para amasar fortunas estupendas, las cuales, á diferencia de las de pasados siglos, pueden no estar unidas por vínculo alguno con el país, ni con los que en él habitan, resultando, por decirlo así, que son fortunas desligadas é irresponsables, que pueden emplearse secretamente en rendir la virtud de los legisladores, ó en llevar acabo operaciones gravosas para los pueblos. Si se exceptúa el de aque-

llos tiranos griegos que gobernaban una ciudad con la ayuda de sus mercenarios, no hay poder alguno que se haya visto más libre de las trabas ordinarias con que la opinión y la ley rodean á todo poder, que el que tienen hoy los millonarios que se mueven en el mundo mercantil, financiero, industrial ó ferroviario.

»El descontento de la Europa contemporánea es debido, no tanto á no haberse conseguido lo que se buscaba, pues esto casi todo se ha logrado, como al chasco con relación á los frutos que hasta ahora han producido esas reformas. Los reformadores en todos tiempos han incurrido en el error de esperar demasiado de la destrucción de las instituciones perniciosas, por olvidar que los males que se experimentan son efecto, no sólo de aquéllas, sino de faltas permanentes de la naturaleza humana, las cuales, si se las quita de un lado, aparecen por otro. Así, á seguida del esfuerzo, viene el descontento, también porque parece que aquél ha sido excesivo y desproporcionado, y, por tanto, en parte inútil.

«Pero este descontento, pregunta Mr. Bryce, ¿es pasajero, ó temporal, ó lleva trazas de hacerse permanente? Hay dos géneros de descontento: el de los que echan de menos el pasado y el de los que anhelan algo que no ha existido. El primero se encuentra entre los mahometanos, principalmente los turcos. El segundo es el que se observa en Europa, y es debido al desencanto que ha resultado de los esfuerzos pasados, pero en parte también por la creencia de que existen muchos males que no deben tolerarse. El pauperismo nos parece más grave, pero no porque sea mayor, sino porque nuestra sensibilidad se ha hecho más delicada. No ha de confundirse el descontento con la desesperación: que ésta no existe, lo prueba el celo con que se proponen planes y reformas. El progreso continúa y se muestra, como en ninguna otra cosa, en el hecho de que males que en un tiempo nos parecían inevitables, hoy los tenemos por intolerables. El pueblo norteamericano es, entre todos los civilizados, el que tiene una fe más plena en el porvenir de la humanidad, así como en los destinos de su República.

III

»No se trata, pues, ni del *pesimismo* que conduce á la desesperación, ni del *descontento* que sigue naturalmente á la desilusión, sino de la *indiferencia*, la cual es, primordialmente, un estado *afectivo*, es la inercia del *sentimiento*; pero como éste es el que da calor á la vida y pone en actividad todas las energías espirituales, por necesidad ha de influir en el *pensar* y en el *obrar*, en el *entendimiento* y en la *voluntad*. Por eso, si la consecuencia *directa* de la *indiferencia* es la pasividad del sentimiento enfrente de los males y de los problemas que tocan á la organización y la vida del Estado, son las consecuencias *indirectas* la falta de la *atención* necesaria para estudiarlos y la falta de *decisión* por parte de la voluntad para ayudar á resolverlos; de donde se deduce que, aun cuando rigurosamente hablando, la *indiferencia* es un estado *afectivo*, en primer término, bien puede decirse que cabe tenerla en el *sentir*, en el *pensar* y en el *obrar*, con relación al orden político.

»Es uno de los sentimientos que los psicólogos llaman mixtos, el del esfuerzo en el trabajo, en cuanto es testimonio á la vez de nuestra energía y de nuestra debilidad, produciendo á veces el estado del alma que se llama fluctuación, la cual, según Espinosa, es al sentimiento lo que la duda á la inteligencia. Por eso no es posible desconocer que una de las causas principales de esa fluctuación, apatía ó indiferencia es la desproporción entre los esfuerzos verificados y los resultados conseguidos: entre otras razones, porque, al considerar poco menos que inútil lo hecho, se atrofia el estímulo necesario para continuar haciendo.

»Además, así como los sentimientos fortificantes estimulan nuestra energía y favorecen nuestro desarrollo, los *debilitantes* retardan éste y deprimen aquélla, en cuyo caso se hallan los que acompañan al conocimiento que el hombre adquiere de su insuficiencia, de su ignorancia, de su impotencia para el bien. Jouffroy ha descrito los diversos momentos del desarrollo del sentimiento positivo y negativo, mostrando cómo en aquél el espíritu,

afectado agradablemente, comienza por dilatarse y abrirse como para sentir más y mejor; luego sale fuera de sí para dirigirse al objeto que le afecta y, por último, tiende á atraérselo, á asimi-lárselo. En el sentimiento negativo, por el contrario, el espíritu, en vez de ensancharse, se contrae; en vez de ir en busca del ob-jeto, se concentra en sí mismo, y en vez de tratar de atraérselo, lo rechaza.

IV

«Hay dos clases de indiferencia: una *positiva* y otra *negativa*, por más que no cuadre, al parecer, aplicar á aquélla el primero de estos calificativos. Es *negativa* la indiferencia del que no se entera, por la sencilla razón de que, «ojos que no ven, corazón que no siente», y no viendo ni sintiendo, no tiene ocasión de que- rer ó dejar de querer. Es *positiva* cuando, después de conocida reflexivamente una situación, el concepto que de ella se forma es tal que, ó no suscita movimiento alguno *afectivo*, por ser aquél indeciso y vago, ó despierta simpatía ó antipatía; pero con tal optimismo en el primer caso, que el individuo considera que las cosas marcharán lo mismo, tome él ó no parte en ellas; y con tal pesimismo en el segundo, que considera igualmente que el mal no ha de remediarse porque él ayude á los que lo intenten; ó en ambos, con tal egoísmo, que le aconseja dejar á los demás el tra- bajo todo, sin tomar él parte alguna en el mismo.

•Contra la indiferencia *negativa* no cabe otro antídoto que la multiplicación de los medios de que hoy dispone la sociedad para hacer llegar al conocimiento de todo el mundo los problemas que en cada momento interesan á los pueblos. En este respecto, la prensa va ensanchando de una manera prodigiosa la esfera de in- formación; y país hay del cual bien puede decirse que todos los ciudadanos, así habiten en la ciudad como en el campo, saben á diario cuanto interesa á la gobernación del Estado. Claro es que siempre queda la posibilidad de que alguien, por pereza, no lle- gue á enterarse; y decimos por pereza, porque si fuese por cual-

quier otro motivo, entraría en la condición de la indiferencia *positiva*.

»La indiferencia *positiva* implica un cierto *concepto* de aquello que se contempla, de sus circunstancias, de su valor; un estado *afectivo* determinado por la impresión que en el espíritu hace lo contemplado, y una *volición* que consiste en la resolución de no hacer nada. Ciertamente, la indiferencia, en este caso, toca en primer término á la voluntad, porque en sustancia es resolución de *no hacer*; y como el *pensar* y el *sentir* son también formas de la actividad, á éstas alcanza aquélla en cuanto, si son involuntarios los resultados del sentir y del pensar, es voluntaria la dirección y lo es el ejercicio de esas facultades. Así, el no hacer, en que consiste la indiferencia, con relación á la política, alcanza al obrar, directamente y en primer término, pero puede determinar una tendencia en el sentido de la inactividad del sentir y del pensar. Por eso, el indiferente á sabiendas comienza á veces por no querer enterarse, y si se entera, á su pesar, procura sentir lo menos posible, y acaba siempre, y de todos modos, por no hacer nada.

«Decíamos que una de las causas de la indiferencia *positiva* es lo vago é indeciso del concepto que se forma de una situación, y enfrente del cual el sentimiento no sale de su pasividad. Ese carácter incompleto del conocimiento puede nacer de la dificultad de penetrar y comprender los hechos sociales, que siempre son más ó menos complejos por su misma naturaleza; y claro es que, en este respecto, puede establecerse una serie ó escala, en cuyos extremos se hallarían el inculto pastor que vive en el monte, incomunicado casi con la sociedad, y el hombre de Estado, á quien sus conciudadanos dan con justicia este nombre. Pero erraría quien pensara que era dado señalar en tal escala un punto, y declarar capaces los que de él pasaran, y á los otros incapaces de adquirir este conocimiento. Con la ciencia y la ignorancia acontece lo que con el frío y el calor: pues así como éstos son, no dos cosas opuestas, sino grados de una misma, de igual modo aquéllas son dos grados en el saber, siendo tan imposible la omnis-

ciencia como la ignorancia absoluta. Mas si es inevitable esta diferencia en la aptitud para comprender los hechos sociales, evidente es la obligación, por parte de los más capaces, de ayudar á los que lo son menos á darse cuenta de aquéllos. Este deber es más estrecho y exigible en los que por oficio toman á su cargo el poner al alcance de todo el mundo los medios de información, como acontece con la prensa, la cual, en ocasiones, infiel á su elevado ministerio, en vez de ilustrar, de tal suerte se produce, que el averiguar la verdad en medio de testimonios tan contradictorios es empresa más ardua y difícil que la de saber algo preciso sobre los orígenes de Roma.

«Sería pedir imposibles demandar una absoluta imparcialidad á la prensa periódica. Pase que, como observaba Timón, un padre de la patria resulte, según el periódico que le juzga, orador eximio ó charlatán insoportable: por eso no se va á hundir el mundo, y natural es que los *juicios* anden discordes, puesto que cada cual juzga con propio y distinto criterio. Pero lo que no consiente excusa es que esa diversidad se muestre de igual modo en la *exposición* de los *luchos*, porque éstos son lo que son y, dando por supuesta una igual capacidad para observarlos y comprenderlos, han de ser expuestos por todos de análogo modo. Eso da lugar á que muchas gentes renuncien á formar juicio, por estimar poco menos que imposible obtener la materia sobre que ha de recaer. Y como la prensa es hoy casi el único instrumento de información, resulta que, por esa circunstancia, en vez de contribuir á que sea menor el número de los indiferentes por la falta de ilustración, los aumenta, por ser muchos los que se dan por vencidos en la tarea de discernir la verdad del error en medio de la multiforme exposición de los hechos.

»Más frecuente es la indiferencia positiva, que procede, no de la pasividad del sentimiento ante los hechos sociales, que esa es enfermedad rara y que nunca reviste carácter social; ni de la consideración egoísta de emanciparse de la participación en el trabajo común, esperando que lo mismo le ha de aprovechar, pues ese descarrío no llega tampoco á determinar la actitud de los

pueblos, de las clases sociales ó de los partidos; sino de aquella indiferencia que nace de contemplar la marcha de los sucesos con un exceso de optimismo, lo cual es raro, ó con un exagerado pesimismo, que es lo general.

«Cuando la indiferencia se apodera de muchos espíritus, de casi todos, se constituye un estado social, determinado por el contagio de la enfermedad, cuyas consecuencias y estragos son por todo extremo lamentables.

»En primer lugar, si la inercia es mala cosa cuando del individuo se trata, es mucho peor cuando se apodera de las sociedades, porque sus efectos suelen despertar á aquél á tiempo, pero tarde á éstas. El Estado necesita vivir; y cuando no lo impulsa la actividad social, ésta es sustituida por la de cualquiera institución, grupo ó individuo, resultando así falso el supuesto de que los pueblos se rigen y gobiernan á sí mismos, y posible todo, hasta lo más inesperado. Luego, la falta de interés y de ejercicio de las virtudes públicas atrofia el sentimiento de la justicia y de la patria en los gobernados y hace de hecho invulnerables á los gobernantes, no sólo porque fácilmente eluden la responsabilidad legal, sino porque la más eficaz hoy, la social, la que impone con su sanción la opinión pública, es nula y baldía, resultando de todo la inestabilidad política, mal siempre grave, pero mucho más en las circunstancias presentes, por los peligros que entraña el grave problema social, cuya resolución demanda como primera condición la estabilidad de las instituciones políticas, la normalidad en su vida y funcionamiento. La indiferencia, ni siquiera aprovecha á los Gobiernos; porque si al pronto se dejan alucinar por la tranquilidad aparente del silencio—pudiéndose decir *solitudinem faciunt et pacem appellant*—en el seno de esa paz aparente se debilitan y se corrompen los pueblos, debiendo aplicar á semejante situación lo que el célebre Lacordaire decía á otro propósito: que «el bien y el mal duermen sobre la misma almohada, y »una degeneración sorda invade las almas, porque no tienen lucha que sostener»; y así «la postración de los ánimos, el marasmo «político, el desaliento, el escepticismo engendrado por grandes y

«reiterados desengaños, pueden conducir á los pueblos á donde quiera llevarlos un cualquiera».

V

«Todo problema político implica un estado de hecho, que lo determina, y un ideal según el cual se ha de resolver. Claro es que, para sentirlo, es preciso conocer el mal que lo provoca y, para decidirse en pro de ésta ó aquella solución, tener una: *ignotum illa cupido*. Pero no hay que perder de vista la clase de conocimiento que se requiere para el caso. Si fuera preciso el cabal y completo, el que mereciera con propiedad el nombre de científico, entonces tendrían razón los adversarios del *suffragio universal*; sólo que la lógica los llevaría á restringirlo de tal suerte, que sólo á unos cuantos centenares debería concederse el voto y sólo á unas cuantas docenas la capacidad para ser elegibles. En primer lugar, hay que distinguir entre aquellos problemas que las escuelas y los partidos resuelven de distinto modo, por proceder, ó de una distinta apreciación de los hechos, ó de una aspiración diferente, ó de ambas cosas á la vez, y aquellos otros respecto de los cuales no cabe divergencia bajo ninguno de esos conceptos, porque para todos es el mismo mal y el mismo remedio. En el primer caso se encuentran las reformas que se proponen en la legislación en todas sus ramas, aunque con diferencia de grados; pues, por ejemplo, nadie pondrá en duda el distinto caso en que se hallan, bajo este punto de vista, el derecho civil y el político. En el segundo se encuentran los males que producen la ilegalidad sistemática, la arbitrariedad erigida en principio de conducta, la injusticia manifiesta en la distribución de los impuestos, etc., etc.

«Ahora bien, aun respecto de los primeros, la sociedad en general puede y debe conocerlos y decidirse por una solución, sin que sea necesario para ello que todos los ciudadanos pasen por la Universidad ni tengan en su casa una biblioteca para estudiarlos. Y tanto menos preciso es esto tratándose del derecho; pues, mirando éste á la vida práctica, de la contemplación de la reali-

dad y de la experiencia de todos los días surgen los problemas, y con ellos la necesidad de resolverlos. Ciertamente que en España, por ejemplo, los mineros de Asturias, de Almería ó de Vizcaya, como los regantes de las huertas de Murcia ó de Valencia, desconocen lo mucho que los jurisconsultos han discutido acerca de esas dos formas especiales de la propiedad; pero que les presente cualquiera las consecuencias prácticas de los distintos sistemas por aquéllos defendidos, y se verá cuan pronto y sin vacilar se inclinan por uno ó por otro.

»Mas, preciso es reconocer que, bajo este punto de vista, los problemas se dan en una serie, que comienza con los más técnicos y termina con los que lo son menos. La diferencia no nace de la esencia respectiva de cada uno de ellos, pues para el científico todos son iguales, sino del período á que ha llegado su vulgarización. Por esto decíamos más arriba que estaban en muy distinto caso la legislación civil y la política, en cuanto los más son extraños á aquélla y los menos lo son á ésta.

»De cualquier modo, si cabe que respecto de esos problemas se muestre la indiferencia que tiene por causa el desconocimiento de los mismos, no así en cuanto á los otros. El labriego más inculto, á quien los tribunales no hacen justicia y la administración persigue, sabe del problema tanto como el sabio más perspicuo. Conoce el hecho, desgraciadamente, por propia y directa observación; y nadie tiene que decirle cuál es el remedio, aunque quizás ignore el modo de aplicarlo.

»De todos modos, imposible es desconocer que, si el mal individual es por necesidad conocido por los que lo padecen, para saber hasta qué punto es general, es social, son precisos medios de información, los cuales en nuestros días han crecido enormemente por lo que hace á sus números y sus modos. Pero no ha crecido de igual modo su eficacia: porque, con frecuencia, en vez de ilustrar, ofuscan y estorban el conocimiento. Sin embargo, no puede negarse que la cultura se extiende y la educación en este orden adelanta, por lo cual el desconocimiento de los problemas es hoy más un pretexto que una razón en favor de la indiferencia.

• Causa más real de ella es, en este orden intelectual, la falta de fe, de un lado, en la verdad de los principios, y, de otro, en su eficacia práctica; más lo segundo que lo primero. No puede negarse que favorece esa indiferencia el carácter de los actuales tiempos. Época radical la nuestra y totalmente crítica, como resultado que es de la lucha entre un mundo que se va y otro que viene, al lado de los dos radicalismos que producen el amor del progreso, de las reformas, y el amor del pasado de la tradición, y de las soluciones intermedias que aspiran á hallar la ansiada armonía entre lo uno y lo otro, surgen inevitablemente el *escepticismo*, que es fruto de la pereza, y el *egoísmo*, que convierte en provecho propio las angustias y dolores de crisis semejantes, determinando ambos naturalmente la inacción y la indiferencia. Pero si cabe que ésta, por tales motivos, se apodere de unos cuantos individuos, pocos ó muchos, nunca puede determinar un estado común, general, social.

»No sucede lo mismo con la desconfianza respecto de la eficacia práctica de las soluciones. Cuando un pueblo ha acariciado la esperanza de ver resueltos los problemas que más le interesan, marchando por determinadas sendas, y no ha recogido otro fruto que grandes y reiterados desengaños, se desalienta, desconfía y, culpando á las circunstancias ó á los hombres, no deja de pensar, pero deja de obrar, porque lo tiene por inútil. Y si no llega á la completa inacción, porque no ha sido totalmente nulo el resultado de sus esfuerzos, la desproporción entre éstos y aquél le desanima y enfría, apartándole cada día más de los negocios públicos. Pero, en ocasiones, esos desengaños suscitan en el espíritu la duda de sí serán debidos, no á las circunstancias ó á los hombres, sino á la naturaleza misma de las instituciones.

«¿Quién puede desconocer que este es hoy el estado de ánimo de muchos, respecto de la virtualidad y de la eficacia del régimen parlamentario? Mas, en tal caso, esa duda ha de ser temporal, porque los problemas políticos demandan solución, y preciso es, ó seguir por el camino emprendido, ó cambiar de rumbo. Tanto es así, que los más desengañados de sistemas y doctrinas, todos

tienen una, aunque no sea más que la expresada en aquel concepto tan conocido como inocente: *menos política y más administración*, que corre parejas con la declaración del célebre poeta inglés Pope, según el cual debe dejarse á los tontos el averiguar qué forma de Gobierno es la mejor, porque para él, el Gobierno que mejor administre es el mejor: descubrimiento que un patriota suyo califica de necedad, recordando con Lieber que la cuestión es saber con qué forma de Gobierno se administraría mejor.

»Los indiferentes no caen en la cuenta de que, como la apatía no alienta el mal, pero que deja se haga, ellos son cómplices inconscientes de no pocos desafueros. Por ese camino, la actividad social se atrofia; la sanción de la opinión pública enmudece; la responsabilidad de los poderes es tan solo una palabra; el sentimiento de la justicia y el amor á la patria se embotan, y el supuesto de que los pueblos se rigen á sí propios resulta una mentira, porque de la energía de cualquiera, ó de unos cuantos, aprovechándose de esa criminal inercia, se sustituye á la de la sociedad toda.

• Cuanto más triste y desconsolador sea el cuadro de los males que tengamos ante nuestra vista, más obligados estamos á sentirlos, á estudiarlos y á esforzarnos por ponerles remedio. Si la política anda divorciada de la moral, lo que importa es restablecer su consorcio. Si los desafueros de los gobernantes quedan impunes, el deber de todos es hacer que les alcance la sanción de la ley. Si en vez de imperar ésta se enseñorea la arbitrariedad de la vida oficial, lo que cumple es ponerse resueltamente al lado de aquélla contra ésta. Y si hay Gobiernos que son de partido, y no nacionales; un Parlamento compuesto por una mayoría servil y minorías rebeldes; una administración que, en vez de proteger, persigue; tribunales de justicia débiles ó prevaricadores; un ejército que es, no brazo, sino cabeza del Estado, lo que procede es no entregarse en brazos del pesimismo, de la inercia, de la indiferencia, sino levantar como enseña un proverbio de la raza anglosajona, expresión de su envidiable tenacidad: *to strive, to seek, to find and not to yield*: trabajar, buscar, hallar y no rendirse».

Sesión del martes 22 de Abril de 1902.

El Sr. Sanz y Eseartin: La noche anterior nos leyó el señor Azcárate un trabajo acerca del pesimismo como causa fundamental de la indiferencia en materias políticas. ¿No era éste el tema del artículo escrito por el Sr. Azcárate? (El Sr. Sánchez de Toca: No; no se refería exclusivamente al pesimismo, sino que analizaba varios estados afectivos.)

Sin embargo, á mi juicio, de aquel trabajo se desprende que la causa fundamental de la indiferencia es el pesimismo; un estado de sentimiento contrario á todo lo que sea acción encaminada á realizar el ideal.

De modo que la causa principal, para el Sr. Azcárate, de la indiferencia en política, está en lo afectivo, en algo que se refiere principalmente al sentimiento como la misma palabra — pesimismo — en cierto modo indica.

Yo, por mi parte, creo que tal vez no trató el Sr. Azcárate el tema en su carácter fundamental ni en sus aspectos principales.

Las causas de indiferencia en materia política son, á mi juicio, por un lado, de orden intelectual; por otro, de orden político; y por otro, de orden circunstancial, de tiempo, de lugar, etc.

Causas de orden intelectual. Se refieren éstas principalmente al mayor estudio, al mayor conocimiento de los problemas; y en general, al mayor desarrollo del orden intelectual, de la actividad intelectual humana. Sabido es que hay algo como de oposición entre la esfera de la inteligencia y la del sentimiento, es decir, que, por regla general, cuanto más desarrollada está la inteligencia, más se impone al sentimiento y, en general, á la parte afectiva. Y es lógico que así sea, pues al paso que el sentimiento invade nuestro ser por influencias que pudiéramos llamar vagas, indeterminadas, que no son susceptibles de análisis ni de ordenación, la inteligencia, por el contrario, es una facultad esencialmente ordenadora, es una facultad que tiende á dar luz, á escla-

recer las cosas, condición en absoluto opuesta á la naturaleza del sentimiento y de los afectos.

Es indudable la oportunidad de este símil; pues, en efecto, la inteligencia es como una luz que alumbra y hace ver la realidad con sus verdaderos caracteres, mientras que el sentimiento altera, más ó menos profundamente, el organismo humano é impide el recto uso de las facultades de discernimiento, de orden, de análisis, etc.

Dados estos caracteres de ambas facultades se comprende que allí donde las cosas se estudian mejor, que donde los llamados ideales se sujetan al análisis, pierden el carácter de abstracciones vagas ó el que también suelen tomar de personificaciones, siendo indudable que, cuando esto sucede, la parte emocional decae.

No queremos decir que esté reñido el entusiasmo con el conocimiento; pero es indudable que es mucho más fácil mover las pasiones hacia lo que se presenta de una manera velada y encerrando en sí una porción de promesas, que la ilusión misma y el deseo forjan, que respecto á las cosas que se aprecian en sus propios y verdaderos caracteres. Los grandes entusiasmos políticos sólo son posibles cuando se cree que una fórmula, que un principio van á producir inmediatamente y con seguridad grandes efectos, transformando el orden social.

Esto lo hemos conocido todos nosotros. Nuestra ignorancia política nos hacía creer, hace medio siglo, que con un sencillo cambio en la forma iba á variar todo; estado de ánimo que explica aquellos grandes entusiasmos que hoy nos sorprenden.

De suerte que, para mí, es indudable que el desarrollo de la inteligencia es algo contrario á la pasión y á los grandes entusiasmos por las causas políticas. No diré en absoluto que produzca propiamente la indiferencia; pero sí que puede ser un paso de importancia hacia ella cuando el conocimiento no es completo; porque el conocimiento completo, en mi opinión, no debe llevar á la indiferencia en las cuestiones políticas y sociales, normalmente. Pero, por lo menos, esta pérdida de las antiguas ilusiones es ya, á mi juicio, un paso hacia la indiferencia.

En apoyo de esto que indico de la influencia del desarrollo intelectual para amortiguar las pasiones y los deseos, pudieran citarse una porción de máximas de todas las religiones y de todas las filosofías. Sobre todo las antiguas, están llenas de la idea de que el conocimiento da la serenidad del espíritu, el dominio de las pasiones.

El brahmanismo dice del hombre perfecto que es el que no desea la muerte ni la vida, el que domina los movimientos de su corazón y á las injurias responde dulcemente. Es decir, el impassible, el estóico.

Spinoza dice que el sabio es aquel que participa con su pensamiento en lo eterno de las cosas y que sólo él posee el absoluto reposo del alma toda.

De modo que se da como condición de este reposo del espíritu y de la falta de deseo decidido hacia una cosa el conocimiento perfecto de la misma.

La fe, que en el orden religioso es tan respetable, en el intelectual es algo subordinado y que tiende á desaparecer con el progreso. La fe, no obstante, es en todos los órdenes enérgico propulsor del sentimiento.

Además de estas causas generales, que se refieren exclusivamente á la esfera intelectual, hay algo propio y peculiar de la ciencia política y que á ella exclusivamente atañe. Hace medio siglo, ó quizá menos, que en nuestro país (al igual que en Francia y en otros) se creía con fe ciega que ciertas fórmulas, ciertas constituciones eran aplicables igualmente á todas las naciones, constituyendo su salvación, y había hombres que luchaban y arriesgaban su vida por implantarlas en sus respectivos países. Hoy eso ha desaparecido, y ya no hay tratadistas de Derecho político que desconozcan la inconveniencia de querer trasplantar instituciones de unos países á otros de cultura y condiciones diferentes.

Todo el mundo comprende que no se pueden gobernar del mismo modo Turquía que Inglaterra, y que no tienen la misma idiosincrasia nacional, por decirlo así, Francia y los Estados Unidos;

así como que las instituciones de estas naciones, que son distintas, tienen que serlo también; á consecuencia de todo lo cual ha desaparecido un gran elemento creador de pasiones políticas. Todo el mundo conoce ya que las instituciones de un país han de ser adecuadas á su manera de ser, á su historia, á su cultura y á una porción de condiciones que son para estudiadas y no pararesueltas en raptos de lirismo y de entusiasmo.

Hay, además, otra causa más moderna y más española (aunque no deje tampoco de existir en otras partes, y siento que no esté presente el Sr. Azcárate) de indiferencia política, que es el planteamiento en nuestros días de ciertas instituciones abiertamente reñidas con todas las aptitudes de nuestra sociedad, con su cultura y con sus costumbres; me refiero al instrumento ideado para constituir la representación política, que se llama sufragio universal. Al que conozca un poco nuestro país y sepa que en gran parte de la Península no hay ni idea de lo que sea este derecho, pues en la mayor parte de los pueblos son sólo los Alcaldes los que votan, sin que nadie proteste; al que sepa lo que son nuestras clases rurales y, en general, la inmensa mayoría de nuestro país, le es muy difícil comprender que se haya podido defender en él el sufragio universal. Pues es claro que, en un país como este, el sufragio universal tiene que producir el apartamiento de todo elemento educado é intelectual de las contiendas políticas, á no ser como una especie de deber de disciplina y como pura fórmula.

Todos, absolutamente todos, estamos en nuestro país convencidos de que la acción individual, por alta y bien intencionada que sea, tiene que debilitarse y llegar á desvanecerse ante ciertos recursos y habilidades, cuando no ante combinaciones del peor género; pues todos sabemos lo que es el sufragio universal, y que, por ejemplo, en Madrid los que llevan fuerza á las urnas son, principalmente, los que viven de la defraudación y explotación del vecindario.

Repito que esta es una causa española (si bien en cierto modo podría también aplicarse á otros países), de indiferencia política.

El sufragio universal es un instrumento de gobierno, enteramente inadecuado á las condiciones de nuestro país. Algo más adelantada está Bélgica, y hoy se está dando la batalla para implantarle, y en varios países de Europa, de los más progresivos, tampoco existe.

En nuestra patria, efecto de una completa ignorancia de lo que es la política y de la correspondencia que debe haber entre las leyes y los pueblos á quienes se aplican, se han implantado instituciones que tienen que producir el apartamiento y el desencanto.

Así es que, á mi juicio, y resumiendo, las causas principales de la indiferencia política son: primera y general, el mayor predominio de la inteligencia, la mayor claridad de juicio con que se aprecian los fenómenos del orden natural y del orden social, progreso de la inteligencia que, desgraciadamente, no llega á la recta ordenación de la conducta, al orden moral, pero que en las demás esferas de la vida es evidente; segunda, en cuanto al orden político, el descrédito de las fórmulas que antes promovían el entusiasmo de las gentes y el análisis de las palabras libertad, democracia, soberanía, etc.; y, en tercer lugar (para nuestra Patria), el establecimiento de instituciones políticas enteramente inadecuadas á la cultura y á las condiciones del país.

He aquí, según yo pienso, las causas principales de la indiferencia política. Las dos primeras, aplicables á todos los países y naciones civilizadas; y la última, más concretamente, á nuestra pobre Patria.

Esto es lo que se me ocurre sobre el particular.

El **Sr. Orti y Lara:** Pido la palabra, ya que no usa de ella ningún otro Sr. Académico.

El Sr. Presidente: La tiene el Sr. Orti y Lara.

El **Sr. Orti y Lara:** Diré cuatro palabras sobre las que ha pronunciado el Sr. Sanz y Escartín con mucho gusto de la Academia y con mucho gusto mío.

El orador ha enunciado con suma claridad, enumerándolas precisamente, tres causas de indiferencia política, que yo llamaría

mejor *desamor*, pues que esta palabra expresa, en mi sentir, de un modo más fiel y exacto el estado de ánimo que aquí se quiere significar.

La primera causa señalada por el Sr. Sanz y Escartín de ese desamor ha sido la mayor cultura y desarrollo de la inteligencia de donde se originan, haciendo contraste con ella, la disminución y el enfriamiento de los afectos de la voluntad; suponiendo el ilustre académico que entre estas dos potencias hay tal oposición que allí donde mayor es la inteligencia, más débiles y fríos resultan los afectos de la voluntad, apagándose, por tanto, en ese caso el entusiasmo y engendrándose la indiferencia y el desamor.

Pues yo, señores, creo que este concepto es enteramente equivocado, que en él hay un error capital, el cual consiste en haber confundido (y permítame el Sr. Sanz y Escartín que use de una palabra quizá poco cortés) dos movimientos ó corrientes que hay en el hombre: el uno de pasiones y apetitos, y el otro de afectos del corazón ó de la voluntad.

Compréndese muy bien que entre el desarrollo y progreso de la inteligencia y el movimiento de las pasiones se reconozca y señale ese contraste y oposición, puesto que la luz de la razón no se compadece con el fuego de las pasiones que no se sujetan á ella por la voluntad; mas aquí no se trata de esos movimientos que llamamos pasiones, de la ira, por ejemplo, del apetito á los bienes sensibles representados por la fantasía, sino de los afectos del corazón ó de la voluntad, de los cuales debe afirmarse que, lejos de oponerse á la inteligencia, proceden en cierto modo de ella. Allí, en efecto, donde la inteligencia es mayor y comprende los objetos con mayor amplitud y claridad, allí la voluntad se fija más intensamente, según la medida de su bondad y excelencia.

El amor corresponde naturalmente á la estima que se hace del bien, como el odio al menosprecio del objeto á que se refiere; de una cosa vil no hace aprecio alguno el entendimiento, ni en ella se agrada una voluntad racional.

Suele, sin embargo, suceder que esta especie de concordancia entre estas dos potencias, el entendimiento y la voluntad, se turba

y altera desgraciadamente cuando, extraviada la primera, presenta la segunda como bueno lo que es malo y como malo lo que es bueno; en ese caso, viene á contradecir la inteligencia á la ley que debe regir á la voluntad, apartándola de su verdadero bien, norte adonde ella tiende naturalmente, así como el entendimiento tiende á la verdad.

Ahora bien; cuando la inteligencia se extravía y presenta lo bueno como malo y lo malo como bueno, no es extraño que se produzca la antítesis de que nos ha hablado el Sr. Sanz y Escartín, dejando en ese caso de haber correspondencia y armonía entre el desarrollo intelectual y los afectos del corazón. Pero esta discordancia es una enfermedad del espíritu humano y, por consiguiente, un caso excepcional que no debe servir de regla cuando se trata de explicar el hecho de la indiferencia política, ó mejor dicho, la ausencia de todo entusiasmo y adhesión á las diversas instituciones y formas de gobiernos que han venido sucediéndose en los tiempos modernos.

Lo que sobre este punto ha sucedido, es que ciertos escritores nos han presentado como ideales de perfección política sistemas que no conducen al bien verdadero del hombre, que detienen y aun tuercen el curso de la civilización, y, en suma, que no producen buenos, sino malos frutos; y que la triste realidad de los hechos viene demostrando la vanidad de esos ideales: no es maravilla que haya desaparecido la fe que en otro tiempo inspiraron, ni que el entusiasmo con que fueron proclamados, se vea reemplazado hoy por una indiferencia glacial.

Cuando se estudian las relaciones constantes que median entre el desarrollo de la inteligencia y los afectos de la voluntad, conviene, pues, en mi sentir, adoptar una regla ó criterio objetivo con que discernir rectamente lo bueno de lo malo. Así, cuando la inteligencia conoce la verdad en un sistema político; cuando ve que este sistema es medio eficaz para conseguir el bien á que tiende la voluntad, no hay ni puede haber indiferencia política, Esa indiferencia sería entonces contraria á la naturaleza humana, á la ley que rige la vida y las costumbres de los hombres.

Para que, no ya precisamente la indiferencia, sino el desamor y el desvío á las instituciones políticas se manifiesten, se hace preciso, como ya he tenido el honor de decirlo, que en pos de un ideal falso, acogido hasta con delirio, vengan el conocimiento y el desengaño. Ahora, ¿cuál es la regla objetiva que en este punto debe servirnos de norma para apreciar lo que es capaz de producir, no la indiferencia, sino la afición á las formas políticas y á la política en general? Cuando el entendimiento, señores, ve en las formas é instituciones políticas algo que está ligado con aquello que aman verdaderamente los hombres, es decir, con aquel fin á que aspira la humana voluntad, con el bien que constituye la felicidad de esta vida, ordenada á la bienaventuranza eterna; cuando la política ofrece al entendimiento principios y razones sólidas en que fundar de hecho y de derecho la esperanza y aun la seguridad moral del bien común, no es de temer que se deje sentir para con ella el frío de la indiferencia. Si ésta llega á nacer, señal será, no ciertamente de haber progresado la inteligencia en el conocimiento del bien y de la verdad, sino de haber tomado por principios y razones fundamentales de orden político las invenciones sugeridas por la imaginación ó por una voluntad depravada.

Hasta aquí, señores académicos, las reflexiones que se me han ocurrido tocante á la primera causa indicada por el Sr. Sanz y Escartín como origen ó principio de la indiferencia política.

La segunda causa asignada á este fenómeno por el ilustre académico es haberse creído por muchos que sólo una forma de gobierno es apta para regir y hacer felices á todos los pueblos de la tierra en todos los tiempos, climas, condiciones, costumbres, religión, etc. Error es, señores, éste que no ha menester ser refutado, pues á nadie puede ocultarse; mas yo no creo que sea pertinente tratándose de esta cuestión, pues sólo prueba que allí donde el concepto abstracto de una forma determinada de gobierno no puede ser aplicada sin producir resultados funestos, allí es razón que se la mire con indiferencia; pero no donde ese mismo régimen tiene una aplicación recta.

Así, el argumento del Sr. Sanz y Escartín prueba demasiado, y, por consiguiente, no prueba nada. En este punto, tratándose de cosas prácticas, como la política, es preciso venir al terreno concreto de cada país, de cada tiempo, de cada clase y condición de hombres y de costumbres estudiando todas las condiciones sociales que deben tenerse presentes para la resolución del problema.

Razón ha tenido, pues, el Sr. Sanz y Escartín para censurar el empeño que ha habido por aplicar á todos los Estados una sola forma de gobierno concebida en abstracto; lo cual es como querer vestir á todos los moradores de la tierra con un mismo traje, ó que todos los hombres que habitan en el mismo país, usen de las mismas telas en invierno y en verano. De tal empeño se han originado, por consiguiente, el descrédito de semejante forma política, y con él ha venido, por vía de inducción precipitada, el menosprecio y la indiferencia respecto de las demás formas. La observación de nuestro ilustre compañero es, sin duda, exacta, pero insuficiente, en mi sentir, para explicar la razón de la indiferencia política en general.

Por último, la tercera causa señalada por el Sr. Sanz y Escartín á ese fenómeno, refiriéndonos concretamente á países determinados, es haber aplicado á la vida política ciertos procedimientos que han resultado funestos, v. gr., el sufragio universal. Pero, si bien se mira, tampoco se echa de ver aquí la causa del indiferentismo político. Ese y cualquiera otro procedimiento de que usa la política en los Estados regidos por Gobiernos representativos, no son esenciales á esta clase de gobierno, sino accidentales, y como tales pueden desaparecer quedando salva la substancia de dicho régimen, al cual no es razón que trascienda el descrédito del tal sufragio.

Ahora, si el sufragio universal fuese considerado como principio absoluto, y no como un instrumento de gobierno; si fuese considerado como expresión de la supuesta soberanía nacional, de la soberanía que se dice falsamente radicar en el número, en ese caso tendríamos un error de orden político que viciaría la forma política en que fuera introducido.

No, la soberanía no reside en el número. La autoridad en que consiste, es de orden superior al de los individuos que se congregan; está sobre todos ellos y, por tanto, no puede originarse del número. El sufragio universal no es, pues, la fuente del derecho, ni menos de la suprema autoridad.

En mi sentir, la razón de la indiferencia política reinante en nuestros días es que no se ve ligada la acción de los Gobiernos ni la forma del régimen en cada Estado con lo que más ama el corazón. Cuando el timón de la política es rectamente dirigido por una inteligencia sana; cuando los gobernantes responden á las verdaderas necesidades del hombre, incluso las necesidades físicas—ya que la política que descuida los bienes sensibles de la vida humana es digna de censura,—no se muestra el fenómeno de la indiferencia política, sino, por el contrario, las instituciones políticas que así responden á su fin son, y no pueden menos de ser, naturalmente, objeto de respeto y afectuosa adhesión.

No debe olvidarse, y yo en recordarlo doy testimonio á mi fe y á mis más profundas convicciones, que ese respeto y esa adhesión desaparecen y se tornan en indiferencia y aversión allí donde la política, cualquiera que sea la forma del poder que la ejercita, cerrando los ojos á la luz de las enseñanzas católicas sobre la constitución y fin de los Estados, se convierte al cuidado exclusivo de los intereses materiales, degenerando hasta el extremo de tornarse en instrumento de corrupción; entonces acaba por hacerse objeto de menosprecio y hasta de odio, mayormente cuando en los pueblos se ha disipado aquel espíritu de fe que contempla y reverencia en el gobernante la aureola divina de la autoridad recibida del cielo. En tales casos son de temer las explosiones del odio, que compromete, junto con el principio de autoridad, la vida y la existencia del Estado.

El Sr. Sanz y Escartín: He oído con mucho gusto las razonadas palabras, en las que siempre se aprende algo, del Sr. Orti y Lara.

Pero no puedo menos de insistir en alguno de los puntos de vista que antes he expuesto.

Empezaré por el último, por ser el más reciente.

He indicado que el sufragio universal puede contribuir á explicar cierta indiferencia política en nuestra Patria; y esto es claro, y lo demostraré con un ejemplo. Cuando en unas elecciones sabemos que nuestro voto es único, ó que va á ir en compañía de otros dos ó tres, contra 200 ó 300, esta votación no nos inspira ningún interés. Tomamos ó no parte en ella, pero estamos convencidos de que nuestra intervención para nada ha de pesar en el resultado; y al conocer esto, claro es que nace un elemento de indiferencia. Pues bien; yo aplicaba este principio á la cuestión del sufragio universal y decía: en un país donde las clases ilustradas tienen elementos de acción sobre las demás, y en donde hay una relativa independencia, cabe luchar con entusiasmo en las urnas; pero donde se sabe que este reducido número queda ahogado ante la masa de personas que lo abruma, aunque en realidad no vote, no es posible pedir entusiasmo político.

Respecto al otro punto, decía el Sr. Orti que el que haya desaparecido la creencia de que ciertas formas eran aplicables, no explica la indiferencia. Y me atrevo á insistir. Creo que al ver que lo que constituía antes una bandera prestigiosa (los principios democráticos, la forma republicana, etc.) se convierte en asunto de estudio y pierde por el análisis las cualidades maravillosas que le prestara la fantasía, se produce el desencanto, ya que no el desamor, en el sentido en que empleaba la palabra el señor Orti y Lara.

Ya hacía yo la salvedad de que, aun cuando el sano interés no debe decaer, es indudable que la claridad de entendimiento es incompatible con cierto género de entusiasmos y de convicciones, que son lo que principalmente arrastra á las multitudes. Una vez que desaparece el prestigio de lo desconocido, y que se han analizado las fórmulas que antes producían verdadero entusiasmo, viene la natural frialdad de los afectos.

Respecto á que el desarrollo de la inteligencia no es contrario á las inclinaciones de la voluntad, creo lo mismo; lo que hay es que la parte que pone el sentimiento, aquella que coarta algo la

libertad, aquella que pudiera decirse que ciega ó, por lo menos, oscurece la visión clara de las cosas, decrece con el desarrollo intelectual y llega á desaparecer; siendo cosa conocida que, cuando un asunto se estudia en todas sus fases, no produce la misma ilusión que cuando se desconoce.

En todos los asuntos de la vida, hasta en los negocios, el claro conocimiento de una cosa hace que el afecto no sea tan dominante, porque, en este mundo, todo tiene su pro y su contra, y en general, el completo conocimiento quita alguna fuerza al sentir, y á veces también á la voluntad. Lo que hay es que si pudiéramos, por hipótesis, suponer un conocimiento perfecto de las cosas, tendríamos la inclinación perfecta, porque el conocimiento perfecto del bien movería de un modo natural á la voluntad. Pero este conocimiento perfecto realmente no se da, y lo que hace el más completo conocimiento de las cosas es disminuir lo que es el móvil de las pasiones, lo indiscernible y vago, lo que no está sujeto al análisis.

Hay, indudablemente, países adelantados donde el entusiasmo político es muy vivo; pero, bien estudiado esto, podría demostrarse que no contradice mi criterio. En los países adelantados y activos surgen á cada momento nuevos objetivos, nuevas agitaciones y nuevas esperanzas.

Aquí, en nuestro país, se puede inmediatamente observar que el que posee conocimiento perfecto de lo que es la política, de cómo se forjan mayorías y minorías, pierde la ilusión. El deber, los compromisos contraídos y otra porción de móviles—que pueden ser muy nobles—hacen que los hombres persigan el camino de la política; pero, generalmente, los que en ella están más altos y conocen mejor sus interioridades, son los que menos entusiasmos sienten, aunque á veces vayan á ellos impulsados por el cumplimiento de su deber.

Creo que, en mayor ó menor grado, todas las que he expuesto son causas de indiferencia, respetando, como siempre, las opiniones del Sr. Orti y Lara.

Sesión del martes 6 de Mayo de 1902.

El Sr. Azcárate: El tema puesto á discusión era de mucho interés en la época en que se publicó el trabajo leído la primera noche que nos ocupamos de este asunto, y cada día lo va siendo más en España y fuera de ella.

Poco, sin embargo, podré añadir, porque desde que escribí el artículo á que me he referido no he vuelto á pensar en la materia.

Recuerdo, sí, que allí citaba un discurso que pronunció mister Bryce, el autor de la magistral obra *La República Norte-Americana*, en Brooklyn, sobre este mismo asunto, en el cual señalaba la diferencia de lo que acontecía hace cuarenta ó cincuenta años, cuando se tenía fe en ciertos principios, como eran el de la libertad, el de la paz internacional, etc., con lo que acontece hoy, y tengo idea de que decía que nacía el descontento de no haber producido el desarrollo de esos principios en la práctica los bienes que de ellos se esperaban.

Para mí la indiferencia en la política puede proceder, ó de la ineficacia de las doctrinas, ó de la equivocación en la aplicación de los procedimientos, ó de las personas.

Por lo que se refiere á las doctrinas, bien se puede señalar como ejemplo lo que ha acontecido en el primer período de la revolución con el concepto de la libertad. La libertad se afirmó en el orden político como una negación del poder absoluto de los reyes, y en ese concepto ha sido eficacísima. Los últimos reyes absolutos acabaron y fueron sustituidos por un sistema constitucional, inspirado, más ó menos, en el principio de la soberanía nacional; pero hubo otra aplicación de la libertad al orden civil, y en ella vino la equivocación y la ineficacia de la doctrina, porque se caminaba inspirándose en un concepto abstracto de la libertad, considerándola como un fin y olvidando que ella no es sino un medio; y de ahí las ilusiones de los pensadores y de los pueblos

respecto de la eficacia práctica de la libertad, con lo cual ha ocurrido algo semejante á lo que ocurriría al que, echando de menos el agua para regar sus tierras, el día que la tuviera dejara de trabajarlas. Claro que la libertad es una facultad formal que de nada sirve sin la actividad. De nada vale la libertad religiosa para los que no tienen creencia alguna, ni la científica á los que no tienen amor ninguno á la especulación, ni la económica á quien no trabaja. De aquí que diga que uno de los motivos de la indiferencia es el error de la doctrina.

En esa misma época, otro error que contribuye á aquélla es el del concepto de igualdad. A él se oponía la serie de privilegios que constituían el fondo del antiguo régimen. De ahí el grito de Mirabeau: «Abajo los privilegios y los privilegiados»; pero se creía que la igualdad jurídica iba á producir la igualdad social, lo cual, no sólo no ha ocurrido, porque no podía ser, sino que, por varias circunstancias de la vida económica, ha sucedido lo contrario, y ha venido la acumulación de la riqueza, sobre todo en estos últimos años.

Se produce la confusión por no comprender que hay varios modos de considerar la igualdad: hay aquella igualdad de esencia, que es común á todos los hombres; como derivada de ésta, la igualdad ante el derecho, la cual no implica en todo la igualdad política; pues, por ejemplo, la hay en el ejercicio de los derechos, pero no en el de las funciones, y debe haberla en el cumplimiento de deberes. En lo que toca á la igualdad social, desaparecieron las desigualdades del antiguo régimen, pero quedarán siempre las que se derivan de lo que es imborrable, que es la individualidad y el modo como se ejercite, lo cual hace que cada uno llegue á distinto desarrollo en la esfera en que se mueve. Y por esto habrá siempre diferencias, y si no existe la aristocracia ni las clases sociales como antes, existirán, sustituyendo á aquélla, la del talento, la de la virtud, etc., y sobre todo la del prestigio, que subsistirá siempre.

Pues cuando se incurre en estas equivocaciones en los conceptos y no se logran los efectos que los pueblos esperan, viene una

época de desconfianza y de indiferencia que, por desgracia, se extiende en general á los principios y á las ideas.

No se limita á aquellas concretas ideas respecto de las cuales ha tenido lugar la desilusión, sino que el peligro es mayor ahora, porque por el predominio—que algo va rectificándose—del positivismo, que proclama que el hombre no puede conocer los principios, llega á faltar el ideal para la vida.

Otras veces nace la indiferencia de los procedimientos, del modo de realizar las ideas; y, por fin, de los hombres, de los políticos. Esto es lo que recientemente hemos visto en España, donde ciertas agrupaciones se han formado al grito de «abajo los políticos», olvidando que lo eran los que tal decían y funcionaban como tales.

Claro es que esta indiferencia tiene en su favor los momentos críticos por que atraviesa toda nuestra vida política.

Es una crisis universal que se da en todas las esferas: en el orden religioso, en el de la ciencia, en el del derecho, de la política, del arte; crisis total y honda, radical y profunda, precisamente porque estamos en un punto de encuentro entre un mundo que se va y un mundo que viene; un mundo nuevo y otro tradicional. Son ciegos los que no ven este último, pues de él nos han quedado elementos tan substanciales como el Dios de los hebreos, la filosofía griega, el derecho de Roma y la moral del Cristianismo.

Pero al lado de este elemento aparece el nuevo con el renacimiento del siglo XV, con la Reforma del XVI, con la filosofía moderna de Bacon y Descartes en el XVII, con el movimiento científico del XVIII; todo lo cual produce un mundo de ideas, de conceptos y de aspiraciones nuevas, frente al cual están las ideas y los hechos tradicionales de cuya lucha nace esta gran crisis, dando lugar á dos tendencias, una idealista y otra tradicional, ya que los unos sólo admiten el valor de las nuevas ideas, y los otros sólo el de las antiguas.

De aquí nacen dos clases de peligros: el escepticismo y el egoísmo. Al primero conduce la pereza de tomar partido por una ú

otra tendencia; al segundo, la tentación de utilizar en provecho propio las circunstancias de esa lucha.

La indiferencia, por lo que hace á nuestro país, tiene como causa más concreta el desencanto en cuanto al valor y eficacia de la política. Hace muchos años que á ésta le falta lo más esencial, que es la sinceridad, la verdad, lo cual conduce á la contradicción de que, siendo la finalidad del régimen político que impere la justicia, resulta que lo que impera es la arbitrariedad, ó sea lo contrario á la justicia. Y como pasan los años y los tiempos, y el mal, lejos de curarse, se hace endémico, llega una época en que se admite ya como cosa corriente é inevitable. No hay más que ver lo que ocurre con el Parlamento, comparando lo que influía hace veinte años en la vida del Estado con lo que influye hoy.

Yo bien sé que á esto contribuye la Prensa, que ha ganado lo que el Parlamento ha perdido y que pretende sustituirle, como ha ocurrido algunas veces, pues ha sido en ocasiones la que ha decidido la marcha de los negocios públicos. Es fácil notar la diferencia entre el efecto que una frase ó un discurso, pronunciado en el Parlamento, producían antes, y el que producen hoy.

Claro que en esto influyen también otras circunstancias. Recuerdo á este propósito que, hace años, tuve que dar en el Ateneo una conferencia de la serie de las que tuvieron por objeto «La España del siglo XIX», y me tocó hablar de Olózaga. Con este motivo repasé sus discursos más célebres de la época de la unión liberal, y yo, que recordaba la impresión profunda que habían producido y los banquetes y obsequios al orador ilustre á que habían dado lugar, al leerlos me parecía que las generaciones posteriores se preguntarían por qué habían hecho tal efecto. Y es que todo ello se debía á las circunstancias en que los discursos se pronunciaron, á la importancia que entonces tenía el Parlamento, y á que, en una frase se veían ó se adivinaban cosas que entonces apenas se decían y á las que ahora todo el mundo está acostumbrado á oír. Por eso, cuando las circunstancias cambiaron y llegó la revolución de Septiembre, fué muy distinto ya el papel del mismo Olózaga.

El mayor inconveniente de esta indiferencia para un país, es que cualquiera puede apoderarse de él. Recuerdo la frase del Sr. Silvela cuando decía: «lo que resiste apoya». . . . Es verdad. Por eso me parece que la indiferencia es una enfermedad grave que puede conducir á muchos males, y el remedio está en que las gentes tengan fe en el valor y eficacia de los principios, de los procedimientos y de las personas.

Esto es lo único que puedo decir sin referirme para nada al artículo mío con que se inició este debate, y cuyo contenido ni siquiera recuerdo.

El Sr. Sanz y Escartin: Realmente las palabras del señor Azcárate, que todos hemos oído con mucho gusto, han venido á corroborar las ideas que yo sostuve la noche pasada.

En efecto; una de las causas principales de la indiferencia en materia política, que señalaba el Sr. Azcárate, era el error de la doctrina ó, lo que es lo mismo, el concepto falso de la libertad, de la igualdad y de otras ideas análogas que, precisamente porque eran falsos, precisamente porque no habían sido sometidos á un análisis racional, se presentaban á los pueblos como emblema de redención, como una especie de talismán para remediar todos sus males. De modo que en el fondo, en este punto, hay coincidencia entre el Sr. Azcárate y yo. Los principios políticos se entendían entonces de muy diversa manera á como hoy se entienden, constituyendo fórmulas que, al desvanecerse, han producido el natural desencanto y falta de actividad y de entusiasmo, por consecuencia.

Citaba, también con mucha razón, el Sr. Azcárate la crisis por que atraviesa hoy todo lo concerniente al conocimiento y al objeto mismo de la actividad humana.

Realmente, hoy que se pone en duda todo lo que ha sido considerado como principio fundamental, como base del orden moral, del político, de la esfera de la familia, de la religiosa, etcétera; hoy que está en tela de juicio y que vemos negar por filósofos en boga, como Nietzsche, hasta aquello que no se concibe que pueda negarse, cual es el sentimiento de la piedad hacia los seme-

jantes; hoy que la crítica llega á los mayores extremos, tiene que venir inevitablemente el decaimiento en los motivos de acción. La crítica de los sentimientos, de las ideas, etc., arroja luz; pero no da, por decirlo así, calor al obrar.

Hay, sin duda, una especie de antagonismo entre la visión de todos los aspectos de las cosas y la dirección unitaria del sentimiento, que abraza las cosas en conjunto sin discernirlas bastante. El análisis, llevado á sus extremos límites, paraliza la acción. De suerte que también estoy conforme con esta apreciación del Sr. Azcárate.

Respecto á nuestra Patria, decía yo la otra noche, agregando que hubiera deseado que estuviera presente el Sr. Azcárate, por lo mismo que atacaba principios por él profesados siempre con su competencia y rectitud peculiares, que una de las causas de nuestra indiferencia política es la falta de verdad, el convencionalismo y el artificio en que vivimos. ¿De qué nace éste? Pues, indudablemente, de algo á que aludí la noche pasada: de la falta de adaptación de las instituciones á las costumbres y aptitudes de nuestra sociedad.

Un escritor español, hombre de valer, que en ciertas cualidades se asemeja á nuestro dignísimo compañero el Sr. Costa, de una intuición sumamente luminosa, pero que á veces extrema sus juicios, D. Miguel de Unamuno, en una carta leída hace pocos días en el Paraninfo de la Universidad de Valencia estampaba las siguientes frases, que tal vez no rechace yo en absoluto pero que revisten excesiva crudeza: «Los que formamos la pequeña minoría de europeos que existe en España, tenemos el derecho y el deber de imponernos á las kabilas...» Repito que yo no suscribo esta frase, pero sí digo que puede aceptarse la afirmación de que nuestro país no está aún dispuesto para ciertas formas políticas como, por ejemplo, el sufragio universal, porque en gran parte de España sólo votan los Alcaldes, sin que nadie, ni blancos ni rojos, encuentren el hecho siquiera extraño. De suerte que se ve que no existe el principio de la universalidad del sufragio, ni la costumbre ni la idea de ejercerle. Dije, contestando á una objeción

que me dirigía el dignísimo Sr. Orti y Lara, que si vamos á una elección convencidos de que nuestros votos siempre tendrán enfrente muchos más, representativos de un número de personas que no ha ido siquiera á las urnas, quedaremos convencidos de que hemos cumplido nuestro deber, pero no podemos tener el entusiasmo que hace nacer la esperanza del triunfo. •

¿Qué ilusiones han de tener aquí en una elección las personas independientes en la mayor parte de las provincias?

En este punto sólo existe un verdadero convencionalismo, pues no existe relación alguna entre la forma política y la vida social de nuestro país.

En Inglaterra, en Bélgica, en Suecia y Noruega tienen todavía el buen sentido de encomendar esta función tan importante del sufragio político á las personas que razonablemente se debe considerar que tienen medios para hacer una buena elección; y si en alguna parte estaba esto justificado es en España, que debiera haber hecho el aprendizaje que toda función requiere para ser bien ejercida, cosa que aquí no ha ocurrido. Se ha aleccionado á las masas por medio de frases que han entendido al revés, creyendo, por ejemplo, al oír hablar de la libertad, que ésta consistía en cometer todo género de excesos.

Entiendo, pues, que esta falta de ecuación entre nuestra cultura y nuestras instituciones políticas contribuye á que la indiferencia política sea mayor aquí que en otras partes; pues aunque el mal es general, entre nosotros puede decirse que no hay entusiasmo político más que en el período de inocencia, y que, perdida ésta, desaparece aquél; porque cuando se ven las cosas tal como son, no cabe entusiasmo, no cabe más que el cumplimiento del deber.

De suerte que creo que, bien desentrañado lo que el Sr. Azcárate ha dicho, con muy buen sentido, hoy, y lo que yo el otro día expuse con gran imperfección, y he repetido ahora, existe en el fondo acuerdo acerca de las causas de la indiferencia política, tanto en su carácter general como particular.

El Sr. Azcárate: En efecto; es un problema grave—y en España más — el de la educación política, que aquí se ha debido,

más que en ninguna parte, á lo que dice Le Play respecto de Francia: á no haber cumplido con su deber las clases directoras. Porque, á consecuencia de la diferencia de condición social, de que antes hablaba, habrá siempre clases superiores é inferiores, y chiro está que á las primeras les toca educar y ejercer para ese fin la tutela sobre las inferiores. Y con aplicación al caso concreto del sufragio, de que ha hablado el Sr. Sanz y Escartín, ¿cómo se ha cumplido esta misión? Pues haciendo todo lo contrario, corrompiéndolo.

La mayor dificultad, cuando se habla de suprimir el sufragio universal, está en saber con qué se le va á sustituir. Hoy se habla de organizarle ó sistematizarle, y con tal motivo surge la cuestión de la elección por clases y gremios.

Repito que nadie se atreve á pedir en redondo la supresión del sufragio universal, por no saber con qué sustituirle y por lo desacreditado que está el sistema del censo. En la misma Inglaterra, aunque se dice que éste es el que prevalece, lo que en realidad existe es el sufragio universal.

Y volvemos siempre á lo que antes dije: que los malos resultados que éste dé se deben á las clases directoras, y no á la institución. Con él el pueblo elige sus representantes, pero no gobierna; lo cual está bien, porque, repitiendo la frase de Mackenzie, el pueblo es bueno para capitán, pero malo para piloto; lo cual quiere decir que puede y debe decir adonde se va, qué es lo que hace el capitán, pero no dirigir la nave, porque eso lo hace el piloto.

No es la razón, como se ha dicho, de que no exista ya la democracia directa, la dificultad de que el pueblo se reúna todo él en la plaza pública, y que por eso se ha establecido el régimen representativo; sino que éste se basa en la diferencia que hay entre los técnicos y los no técnicos, y de ahí que éstos elijan y aquéllos gobiernen.

Y como acaba de dar la hora, termino.